

Marta sigue durmiendo y soñando de paso cosas terribles.

Marcos se encontraba sobre un escenario.

Era famoso.

Decenas de rubias teñidas, como ella, trataban de disputárselo tirándose de los pelos y arañándose la cara con las uñas pintadas de rojo.

Todas ellas estaban desesperadas porque eran chicas modositas de buena familia que habían desperdiciado prácticamente toda la juventud comprándose ropa y mirándose al espejo sin haber llegado a conocer aún a su príncipe azul.

La sociedad de consumo, a las que no habían sido lo suficientemente espabiladas, les había hecho caer en una terrible trampa.

Durante años había sido explotado al máximo su poder adquisitivo, y ahora, sin juventud, ahorros, ni belleza, tenían que enfrentarse solas a la prueba más dura para una mujer, la maternidad.

Por eso se encontraban en una especie de hoyo a modo de fosa común, hundidas y desesperadas.

Trataba de gritar, de despertar, pero no lograba salir de aquel infierno.

Como si no hubiera ya sufrido bastante a lo largo de su vida, todavía tenía que soportar una humillación más.

Todo porque quería tener un hijo.

Lograrlo mediante inseminación artificial, tampoco le importaría.

Simplemente deseaba reproducirse, y no comprendía cómo algo tan sencillo para todas las especies animales, se había vuelto tan complicado.

¿Y dónde quedaba el amor en todo ello?

¿Acaso todas aquellas mujeres no buscaban más que un cuerpo masculino atractivo?

¿Es que el único valor humano era físico?

Una vez había pasado la noche con un chico muy delgadito de ojos verdes que la había tratado con una delicadeza extremada.

No había vuelto a quedar con él porque se trataba de un camareruco andaluz.

Desgraciadamente no se encontraba a su altura.

Aquello había sucedido mucho tiempo atrás, pero aún no lo había olvidado.

Hacía calor.

Estaba muy morena tras haber pasado una semana en Ibiza con sus amigas.

Quizás fuera ya septiembre.

Se encontraba en un bar de moda del edificio Galaxia en Moncloa.

Le había hecho gracia ver a un chico con una cazadora de cuero con el calor que hacía.

Era de cremalleras, de esas que se llevaban tanto.

Incluso ella tenía una roja igual.

Se habían puesto a hablar de la chaqueta, y al final, cuando no quedaba allí ninguna de sus amigas, pues al ligar la abandonaban, se había ido a dormir con él a una pensión en Guzmán el Bueno.

Aquella noche, sexualmente, había sido la mejor con diferencia.

La dulzura de aquel muchacho la había enternecido en tal medida que por una vez en su vida se había sentido fuera de sí, arrobada, extasiada.

Por la mañana él se había ido a trabajar.

Al volver la había llevado a pasear por el Parque del Oeste y luego a ver la puesta de sol al Templo de Debod.

Sin duda uno de los días más memorables de su vida.

Y aunque precisamente en ese momento, a las doce en el Retiro, hubiera tenido la oportunidad de reencontrarlo, sigue durmiendo.